

EL ARCO

N.º 109

Cartagena 10 Enero 1913

Año IV

Semanario Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2/

No se devuelven los originales

Por la prensa católica local

Hace tiempo que tengo en el alma dentro de mi alma y apesar de la franqueza que me caracteriza, nunca he dicho media palabra sobre ello, ni en público ni en privado; he sido débil, lo confieso y me arrepiento, y, por lo tanto, hay que decir algo de lo mucho que guardo, pues tal se van poniendo las cosas que sería un suicidio lento el seguir callando.

La prensa católica de esta ciudad está completamente abandonada por los que debían trabajar en favor de ella. Lo mismo unos que otros, salvo muy raras excepciones, la tienen abandonada completamente, sin arrimar, no digo el hombro, sino que ni siquiera una mano, un dedo, por elevarla a la categoría que le corresponde de derecho.

Esto que no se atreven a decir los demás ¿por qué no he de decirlo yo, de temperamento franco y en un periódico independiente y castellano?

En otras ciudades como la prensa católica crece, se ensancha, se vigoriza, se impone. Aquí, raquítica y famélica desde su nacimiento, tiende cada vez más penosamente a caminar hacia la sepultura.

¿Y eso por qué? ¿No hay aquí gente pudiente y buenos escritores, aunque ignorados por la mayoría? ¿No estamos viendo la necesidad de ensanchar nuestros horizontes y lamentando constantemente lo que no quiere hacerse?

¿Por qué, pues, no han de salir personas de corazón y entusiasmo a realizar lo que todos anhelamos?

Pero no es eso lo peor.

Lo más grave, lo que necesita mucha vocación y admiro en algunos, es que apesar de sus sacrificios, apesar de hacer cuanto pueden por la poderosísima arma moderna de combate, por la prensa, todavía son censurados y mortificados. ¿Por qué los que así hablan no lo hacen ellos, tal vez mejor, viniendo a llenar el vacío que notan?

Otros se indignan grandemente porque no se anuncian y detallan novenas u otros actos religiosos o profanos, y casi son capaces de echar por tierra la labor de los que, a fuerza de sudores y sacrificios y en vista de la impasibilidad de los demás, han podido conseguir hacer algo bueno.

Y vamos al caso: ¿que obligación tienen esos héroes de la buena prensa de servir el deseo, capricho o amor propio de los demás?

Ya comprendo que los que así obran, creen que aquellas obras que dirigen sostienen o por las que se interesan tan activamente son las mejores, pero como cada cual siente lo propio y estos modestos semanarios son muy reducidos, no es posible complacer a todos.

Y como complacer a unos y a otros no, es verdaderamente censurable, de ahí que algún periódico, como este, por ejemplo, se vea en la necesidad de no publicar ninguno.

Además, estos semanarios, que no recaudan ni siquiera para los gastos que tienen, y que si no fuera por sus bienhechores habrían muerto, y con todo eso todavía tienen un déficit mensual que de no cubrirse prontamente les hará desaparecer, estos semanarios, digo, no pueden tener cronistas, ni reporteros para dar gusto al público. Sean las gentes generosas con la prensa católica y ya verán como no se escatima ocasión de complacer a sus bienhechores y hasta a todos en general.

Pero concretándonos a nuestro semanario es necesario que se tenga presente que además de todas las razones propuestas hay una que las eclipsa a todas, y es que habiéndose fundado este periódico para hacer política católica, netamente católica, un banderita determinada; yendo al revés, (según desearon de los Sumos Pontífices) y repartiéndose gratuitamente entre los obreros y establecimientos, única manera de cumplir eficazmente las sabias doctrinas, ya que si no se regala no lo compran o lo adquieren un reducidísimo número de personas, ¿qué les importa, necesitadas, no debe haber sus columnas de crónicas religiosas, que o no las leen o ya las conocen o no tienen la finalidad de la publicación.

¿Está claro?

Pues bien; vamos ahora a solucionar la dificultad.

Vengan bienhechores y vengán en tal número que permita agrandar el semanario (ojala fuera diario) y pagar a un cronista esta sección, y yo me comprometo a conseguir tan hermosa reforma y complacer a cuantos bienamente lo solicitan.

¿Gusta? Pues, manos a la obra.

L. GIDO.

Continúa en poder de... nuestras bienhechores... este semanario del año 1912 por ser muy pocas las que tenemos, pero estas las ponemos a su disposición por un precio muy módico, a beneficio del periódico.

Su Santidad y la Prensa anodina

CON QUE ADMIRABLE SABIDURÍA DESCRIBE EL PAPA LOS PERIÓDICOS, INSUFRIABLES Y LOS ANATEMATIZA!

Su Santidad Pío X ha dirigido un párrafo en el Encíclico (Lett. del día) una carta, en la que, entre otras enseñanzas, se encuentran las siguientes, referentes a la Prensa católica tolerante, incolora y de medias tintas, que con mucho gusto traducimos:

«Si predicas contra los malos periódicos y aconsejas que no se suscriban a ellos, ni los lean, cumples tu deber de buen párroco y haces, no solamente lo que el Papa quiere, sino lo que exige el buen sentido católico.»

En efecto: ¿cómo se pueden aprobar ciertos periódicos que encubriéndose con la etiqueta de católicos, porque anuncian algunas veces las Admoniciones pontificias o las notas del Vaticano, no solamente no dicen jamás una palabra sobre la libertad e independencia de la Iglesia sino que fingen no enterarse de guerra que se le hace? Estos periódicos, no solamente no combaten los errores dominantes de la sociedad, sino que aportan su tributo a la confusión de las y máximas divergentes de la ortodoxia; prodigan el incienso a los ídolos del día y alaban los libros y empresas de los hombres nefastos para la Religión.

Compadezcamos generosamente (si obran de buena fe) a los pobres ilusos que creen impedir la lectura de periódicos malos, reemplazándolos por otros llamados tolerantes, de medias tintas o incoloros. Estas publicaciones no convierten a ninguno de nuestros adversarios que les profesan aversión por lo que tienen de católicos; en cambio, sirven al mayor de los males.

Estos buscan la luz y encuentran las tinieblas; tienen necesidad de aliento, y se les da veneno, y en vez de encontrar allí la verdad y la fuerza para mantenerse firmes en la fe, hallan argumentos para llegar a ser indolentes, indiferentes y apáticos en cosas tan importantes.

¡Oh! ¡Cuánto daño hacen a la Iglesia y a las almas estos periódicos! Y qué responsabilidad, sobre todo, la de los eclesiásticos que los propagan, los alientan y los recomiendan!

La verdad no quiere ropajes: nuestra bandera debe estar desplegada. Solamente por la lealtad y la franqueza podremos hacer algún bien; combatidos por nuestros adversarios, pero respaldados por ellos, podremos conseguir su adhesión y poco a poco volverlos a bien.

He aquí mis sentimientos, que podrías dar a conocer cuando se presente la ocasión a todos los que lo necesitan, animándoles que el Papa piensa de esta suerte, el Papa que te da su Bendición Apostólica.

PIO PARA X

La Azucena y la Oruga.

(FÁBULA)

En un jardín menudo, cercado de la azules, que con sus blancas casaca el pie de umbrosa tierra, mostraba en mil candelas

de gracia y luz envuelta, sagrario permanente de paz grande y riqueza; de albahaca, hierbabuena, de heliotropos, clavetes, ranunculo y masureta

que, mudos, ponderaban su típica belleza, crecía encantadora, blanquísima azucena. Teñía los pies milmos de aquella planta bella, que equívoca, orgánica y tréfica, viviendo, y un día que se hallaba en todo casi envuelta, efecto de las lluvias,

la dijo a él, amancebada: «Tú y yo cómo me encuentro, vecinos y compañeros, ¿Serías tan amable, política y atenta, que en esta copa hermosa, donde tu aroma encierras, us, requelido albergue para vivir medietas, que me ayudes un tanto a consolar mis penas?»

Dígame me, aliter, de tal modo encierras, dilata, pues, tu copa, recíbeme ya en ella, y, en cambio, te prometo, por lo que tú más quieras, cuando hablo de ti, evocar y amenazar la memoria,

a fuerza de, a nuestro hacer una sacha sonda, por donde corra el agua con abundancia inmensa, del mundo arroyado, que aquí se encuentra cerca y así sola, te rigiere y dobles tu belleza sin esportar la lluvia que tanto te molesta.

De crédito y la oruga la halló por aquella humedad que en su caba hiciera la vivienda, y en un plazo brevísimo atolló luego enferma; sus ojos más débiles chapó la uruga atónita, robóla sus asombrada, comió sus hojas frescas hasta que quedaba y oca la asuocant bien pronto fue juguete del agua y la tormenta, viviendo a convertirse

Lo que a los choncos sucede, que a la prensa admiten en sus casas, impla, stea o sotra. Les roba sus virtudes, les quita las creencias, les limpia los belisillos, a fuer de amiga atenta, y mientras van muriendo y dejan que perezan lo que autenar, deben por Dios y su conciencia, esa oruga asquerosa, hipócrita y funesta, sin Religión ni Patria, que llaman «mala prensa», engorda a costa de ellos sin miedo ni vergüenza.

A. ALPANSQUE Y BLANCO.